

Entrega I (10/1998)

Va a ser algo duro seguramente leer y entender las cosas que aquí se digan, pero también más interesante y regocijado que recibir las que recibís habitualmente.

Porque es que aquí, en general, se os va a decir lo contrario de lo que suelen deciros vuestros mayores, padres, instructores y demás, creyendo cumplir con su obligación cuando os lo dicen.

Vamos a intentar liberarlos a ellos de esa carga de obligación y a vosotros de la carga de tener que recibir esas instrucciones y las ideas acerca del Mundo que con ellas os transmiten, y de creer que tenéis que hacerles caso y tomároslas como si fueran la verdad misma.

No son la verdad: no son más que la realidad, a la que ellos sirven y a la que se quiere que sirváis vosotros. Y, como iremos viendo, que la realidad sea verdadera y tenga que ser así, está muy lejos de ser verdad.

Por ejemplo, se supone que lo que estáis haciendo ahí, en escuelas, institutos o universidades, es estudiar, o sea trabajar y sacrificaros, con vistas al Futuro, para conseguir ser algo el día de mañana.

Ese mañana toma a veces la forma de pasar el examen de fin de curso, o de medio curso o de trimestre, o cualquier plazo que la Dirección mande.

Otras veces tomará la forma de la futura carrera, oposición o proyecto de vida que hayáis de seguir para llegar a ser eso que desde pequeños os han enseñado a creer que queréis ser cuando seáis mayores.

Pero, en todo caso, se tratará de trabajar y penar ahora para recibir mañana el premio.

Bueno, pues aquí seguramente se os va a decir, lo que ya sentís vosotros por lo bajo, que no es verdad que tengáis un futuro conocido, por el cual debéis penar y sacrificar lo que podáis disfrutar y descubrir ahora.

Que esa fe en el futuro para lo que sirve de hecho es para que ni siquiera sintáis amor ninguno por lo que estudiáis, puesto que sólo es para el examen, para tener un puesto el día de mañana.

Al mismo tiempo, se os dirá aquí que esos recursos que algunos de vosotros se buscan (al sentir el vacío que aquí se os crea) de ruidos, drogas, deportes y otros entretenimientos, no valen tampoco mucho, porque son demasiado obedientes a lo mismo.

Habéis nacido en este Estado del Bienestar, que es simplemente el Régimen del Dinero, que necesita esa Fe, ese Futuro y esas falsedades para sostenerse.

Pero a vosotros, para vivir, para sentir y pensar, no os hacen ninguna falta: por el contrario.

Y alguna vez han de empezar algunos (¿por qué no vosotros mismos?) a descubrir las mentiras del Régimen y a encontrar maneras de vivir que no sean las que el Dinero y su Futuro imponen.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Entrega II (11/1998)

Parece fácil decir «No», rebelarse contra lo que nos venden, contra lo que nos mandan. No es tan fácil; pero no es tampoco tan desesperado.

Lo que suele desviar al «No» de su intento, lo que lo embrolla y lo estropea es que se hace en nombre de algo positivo: que no se atreve uno a decir «No» sencillamente, sino que lo convierte en reclamación de otra cosa a la que sí que se dice «Sí». Eso deja la rebelión sin fuerza, entregada a la asimilación, a la reintegración al Orden, a servir a que las cosas cambien para seguir igual.

Por ejemplo, es claro que hay que decir «No» a la Escuela, a los Planes de Estudio, rebelarse contra la miseria y falsedad de la Ciencia, saberes y rollos que se nos manda embotellar con vistas a los exámenes sucesivos: hay algo que nace del corazón, de debajo de la persona de uno mismo, que siente repugnancia, hastío y odio, de todos los planes y saberes impuestos desde Arriba.

Y a eso, a esa voz que nos viene de lo común y lo más hondo, que vuestros mayores quieren que matéis cuanto antes, en nombre de vuestra Voluntad y vuestro Futuro, pero que sigue a pesar de todo viva haciendo sentir el disgusto y falsía de estudios y exámenes, a ésa es a la que hay que oír y dejar que diga «No» por vuestra boca.

Pero, si esa rebelión se deja convertir en una reclamación de Otros Planes de Estudio, de una Educación más justa o sana, etcétera, pues ya estamos en las mismas.

O bien, si se hace en nombre de la Libertad Personal de uno, de que a uno no le gusta estudiar o no le gusta ese Profesor o ese Sistema, y que uno tiene derecho a hacer con su vida lo que quiera, etcétera, pues lo mismo: el «No» ha perdido su gracia, esa fuerza que venía de por bajo de mí mismo, y ya todo está sirviendo al Cambio, al cambio de Sistema, al cambio de Vida, para seguir igual.

O, por ejemplo, se nos manda comprarnos una moto y aprender las marcas de motos, se nos hace, con un pretexto u otro, tragar televisión o videos, se nos hace aprender los nombres del roquero infame de turno y acudir en masa a gritar en el estadio, se nos manda (siempre con pretexto de que eso es lo que nos gusta) meternos el fin de semana en la discoteca a aturdirnos con algún brebaje y mucho ruido, o, si no, lanzarnos atados a un cable desde el puente, para sentir la emoción y ver hasta dónde llega el Hombre, y hasta se nos obliga a lucir en la camiseta las marcas de las Empresas y las Instituciones.

Y, a pesar de todo, sigue también levantándose de debajo de nosotros una voz (no mía, sino común) que declara el asco y la falsedad de todos esos entretenimientos; sigue lo que nos queda de vida y de razón rebelándose contra esos sustitutos.

Y es a eso a lo que hay que oír y dejarle que diga «No» por nuestras bocas.

Pero, si hemos llegado a creernos que uno personalmente le va y le mola ese chisme o aquél de los que el Mercado nos coloca, y entre bocata y latita se dedica a discutir con los cofrades, si esta marca o la otra, si este plan o el otro plan, entonces ya todo está hecho, todo marcha para el progreso del Régimen del Bienestar, de la mentira y la administración de Muerte.

Y, sobre todo, si uno cree que el que manda divertirse, ir a la disco o al estadio o a la aventura programada y comprarse uno u otro sustituto, es otro distinto del que manda ir a la Escuela, embotellar para el Examen, tragar con los horarios y las multicopias de los apuntes de la mentira de la Realidad, ése sí que está entregado a que lo engañen y lo metan al servicio del Régimen de uno u otro modo.

No: el que manda estudiar para el Futuro y el que manda cargar con los chismes de diversión prevista y sustitutos de la vida, son precisamente el mismo.

No: es al Régimen entero, a la Realidad (tan falsa como real) a lo que dicen «No» el corazón y la razón que quede viva.

Y hay que tener el valor de negarse a creer en otros sistemas, en otras alternativas positivas: la realidad es la realidad, con todas sus instituciones y sus rollos, ideales y mentiras: no hay otra: por eso hay que hacerla: por eso se le dice «No».

Y lo otro, vivo y verdadero, que de ese «No» surja, eso no se sabe, y hay que no saberlo.

Sólo se sabe cuando se hace, cuando se va haciendo. Pero, para que surja, lo primero es no cambiarlo por otra realidad, otra fe, otro ideal, por otro sustituto: que no sea, ya al nacer, real y muerto.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Entrega III (12/1998)

Que no os hagan confundir más la Realidad con la verdad. La Realidad es falsa; real, por supuesto, pero falsa; y necesariamente falsa: no puede la Realidad sostenerse más que por medio de las ideas acerca de Ella, esto es, por medio de la mentira, ya que las ideas son mentira todas: la razón, si se la deja, lo descubre a cada paso.

"A cada paso" podéis tomarlo literalmente, y descubrir la falsedad también de la Realidad que se llama física. Recordad los razonamientos de Zenón de Elea, que quizá alguno de vuestros libros haya querido presentaros como superados por la Ciencia y el Progreso. Pero no es así: el corredor, por ejemplo, que está hincado en la raya para lanzarse a la carrera de los 100 metros, antes de recorrer los 100 tiene que recorrer 50, y antes 25, y antes 10, y antes 2, y antes $1/2$, y antes $1/8$ de metro, y así sin fin, de manera que está claro que nunca podrá empezar a acabar de partir de la raya esa. Y, sin embargo, realmente parte. ¿Qué pasa entonces?: ¿que la Realidad no tiene metros ni en realidad los metros pueden dividirse? ¿O que no hay en realidad 'antes' y 'después', que eran, ya según Aristóteles, la esencia del Tiempo real mismo? ¿O es que en realidad la línea esa que os pintan, por ej. en las gráficas de funciones, no tienen puntos y, si os señalan en ellas puntos, es mentira? Hombre, todavía, si cogieras al corredor en marcha, por una cinta continua de espacio y otra de tiempo... Pero el punto de arranque de la carrera ¿cómo no va a ser un punto? Y de ése, en verdad, no puede arrancar el corredor más que mintiendo.

Y es bueno que percibáis claramente la necesaria falsedad de la Realidad física, si acaso no estáis del todo conformes con las otras realidades que os imponen o que os venden y pensáis rebelaros contra ellas: pues esas realidades, la del Dinero, la del Poder, la del Trabajo, han inventado también la Realidad física como medio de sostener la propia necesidad de sus mentiras; así que no cabe intentar decirles "No" a esos fantasmas, tan reales, que pesan sobre la gente, sobre los corazones y la razón común, si no se está dispuesto a reconocer la necesaria mentira de la Realidad.

Por otra parte, que la Realidad es falsa os lo revelan sus propios representantes: Padres, Autoridades, Educadores, Letras vendidas, y por sobre todo la Televisión, os pregonan cada día la Realidad, tratan de convenceros, con ideas, con imágenes, de que es verdad que la Realidad es así, de que la realidad es la realidad; y ¿entonces?: si de verdad la Realidad fuese lo que es de por sí y sin más, ¿qué falta haría que os la pregonan cada día y que tan feroz y constantemente procuran que os la creyerais?

Pues eso mismo, ya veis, es una sugerencia de que no es tan seguro que sea verdad la Realidad, y a partir de ahí, puede irse descubriendo la necesidad de su mentira.

Bueno, pues la Realidad es falsa, y ¿qué?: ¿qué pasa? Pues nada, no hay por qué temblar tampoco: la Realidad es falsa, pero la primera y mayor de sus falsedades es la proclamación de este axioma o artículo de Fe: que la Realidad es todo lo que hay. Pero eso es mentira: la Realidad no puede ser todo lo que hay: siempre hay algo más, algo que por ello mismo puede levantarse contra la Realidad, empezando por descubrir la mentira de las ideas que la sostienen.

Preguntaos qué hay, aparte de la consabida Realidad, qué hay por ahí, por allá fuera y por ahí dentro, que no es real evidentemente, pero que evidentemente lo hay, que siente y que se siente, que se razona y que razona, que protesta y se levanta contra la Realidad.

O también, si hace falta, preguntádmelo a mí mismo, el caso es que no dejéis de seguir intentando averiguarlo y cada día más desengañadamente descubrirlo. Pero no olvidéis, en todo caso, que cualquier cosa que no sea real, pero que la haya, ha de tener la condición de que no se la puede de verdad nombrar ni tener idea de ella, que hay que dejarla vivir y que ella haga, por otros sitios y por nosotros mismos, lo que pueda.

Entrega IV (01/1999)

Quedábamos, pues, en que la Realidad es necesariamente falsa, tan falsa como real precisamente, ya que, en contra de lo que ella pretende, la Realidad no es todo lo que hay, sino que siempre hay algo más, que no existe, pero que está ahí, como Yo cuando no soy nadie, como el lenguaje común, como el pueblo sin personas, como lo no consciente y lo desconocido, y que en no existir tiene la fuerza y gracia que le hace decir "No" a la Realidad y rebelarse contra su imperio.

Para esa rebelión y para ese descubrimiento de la falsedad de lo real, tal vez lo más claro y derecho es que os dirijáis a la cuestión del tiempo: pues la Realidad está fundada sobre el Tiempo real antes que nada, y, sin la fe en ese Tiempo, no habría realidad que se sostuviera.

Os han impuesto desde pequeños una idea o imaginación del Tiempo, que consiste en verlo como una línea, divisible en tramos, por supuesto, y con flecha de sentido, hacia la derecha, esto es, hacia el Futuro, que es como únicamente marcha en realidad (la 2ª Ley de la Termodinámica, entre otras Leyes, se encarga de evitar que las cosas suceden nunca del revés); y, si algún desmandado sugiere que lo mismo marcha hacia la izquierda, o sea hacia el Pasado, puesto que es evidente, como decía el profesor Guillaume, que lo futuro pasa a ser pasado, pero nunca lo pasado pasa a ser futuro, ya vuestros padres y educadores, y la Ciencia misma, procurará que no oigáis semejantes desatinos.

Ese Tiempo lineal, divisible en trechos finitos, con derecha y con izquierda, con su flecha de sentido, es el Tiempo real, el de los relojes y los calendarios, con el que se cuentan las jornadas laborales, y los vencimientos de los créditos de la Banca, con el que se elaboran los Presupuestos del Estado, con el que se celebran vuestros cumpleaños como si fuera una cosa muy graciosa, con el que se os quiere hacer creer que vais a entrar en el siglo XXI y hasta en el Tercer Milenio después de Cristo.

Ese Tiempo, como real que es, es claramente falso y, para el sentido común, un disparate sin sentido alguno, tan disparatado como imperioso.

En medio de ese Tiempo, puesto que lo han dividido, a izquierda y a derecha, en un tramo de Pasado y un Futuro, tienen, para rematar la obra, que colocaros en Presente, que sea un punto, que sea un corte, entre Futuro y Pasado, que sea lo que sea, pero que sea compatible con el Pasado y el Futuro, y que esté situado en la línea del Tiempo real y no perturbe la idea del Tiempo, en que toda la Realidad se funda.

Pues bien, ese Presente, inasible, inconcebible, que no hay quien lo coja, porque tan pronto está aquí como está allí, ese Presente, que es donde el tiempo y la verdad pasa, ése en verdad no existe, ése escapa a todas las ideas y no pertenece a la Realidad; y, como no es la Realidad, está constantemente, si se le deja, descubriendo la mentira del Tiempo real y derruyendo por sus cimientos el edificio ideal en que la Realidad consiste, donde estaban la Fe y el Crédito de Estados y de Bancos, donde estaban los siglos de la Historia y vuestros cumpleaños.

Ese presente, que pasa tan de veras que no existe, está a cada paso desmintiendo y asesinando (para dejar que se viva y se razone) el Tiempo de la Realidad: que es que (fijaos en esta otra perogrullada) ese Tiempo real, esa línea con sus tramos de Futuro a derecha y Pasado a izquierda, ése lo que es de verdad es un espacio: pues sólo en los espacios pueden trazarse líneas, pues sólo de lo espacial se puede uno hacer ideas, con esa idea real del Tiempo.

Es decir que en el tiempo real no pasa nada: nada puede pasar en lo que existe, en lo que tiene su lugar en el reloj y el calendario: no puede ahí pasar más de lo que está dado, previsto y registrado. Que no pase nunca nada de veras, que no pase más que lo pasado, que no viváis nunca, pero, a cambio, tengáis un álbum de fotos y un futuro, un futuro ante todo, eso es lo que el Poder quiere, lo que el Dinero manda, lo que necesita la Realidad.

Pero, por debajo, hay un tiempo que de veras pasa, y ahí, por debajo y a pesar de la Realidad, ahí se puede seguir siempre viviendo y razonando.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Entrega V (02/1999)

Y tantas otras evidencias de que hay algo, que está aquí, que está ahí presente, y que no es real, y que, por tanto, con su sola presencia, descubre la mentira de la Realidad.

En la última entrega lo encontrábamos a propósito de esto que de veras pasa, está pasando siempre, un tiempo de verdad, sin fin, sin extensión ni de pasado ni de futuro, del que uno no puede tener idea, pero que lo siente, aquí, ahora, presente siempre, y que, por tanto, con su paso y su presencia, con su verdad, declara la falsedad del Tiempo de las agendas, de los planes y los horarios, del Tiempo Real, Futuro primero y Pasado luego, donde nunca puede pasar de veras nada más que lo que ya se sabe, sobre cuya falsía está montada la Realidad toda.

Bueno, pues lo mismo podemos descubrirlo también a propósito de MÍ MISMO: yo soy, por un lado, desde luego, una persona real: tengo mi Nombre Propio, tengo mi D.N.I. y hasta mi N.I.F., si me descuido; soy elemento de conjuntos, de una Familia, de un estado; estoy matriculado en un Centro, tengo mi Futuro, cumplo años cada año: ¿qué más quiero? Soy, ciertamente, real: mi realidad está fundada en la idea madre de todas las ideas, la de mi muerte siempre-futura: que me han informado, nada más entrar en el mundo, de que me tengo que morir mañana. Y, como soy real, soy, ciertamente, falso, tan falso como la Realidad toda de la que formo parte.

Y, sin embargo, hay en mí, por otro lado, algo que sigue diciendo "No". Hay que remontarse una y otra vez al recuerdo (o mito, o sueño) del niño aquel que está en el trance de integrarse a la realidad del mundo; que lo llevan sus mayores ante el espejo, y le dicen "Mira, Tin" o "Mira, Tina: ¿te ves ahí?, ¿lo linda que estás con ese lazo?, ¿lo bien que te sienta esa camisita?"; y él se queda mirando un tanto huraño, y algo en él o en ella murmura todavía "Pero ése... ése no soy yo". Hay que dejar vivir ese recuerdo; porque ese recuerdo es razón y dice algo de verdad.

No puede ser que uno sea uno: eso no es más que la mentira necesaria de la Realidad. Ese YO que dice "No soy ése", ése soy YO de verdad. Claro que no real: porque ese YO no tiene Nombre Propio alguno; porque YO soy, YO es, cualquiera, cualquiera que dice "Yo", y que al decirlo, le dice "No" al otro, al real. De manera que uno está partido y en guerra consigo mismo, su verdad contra su realidad.

Y, si acaso alguno de vosotros dice y se cree que él es el que es, que él está conforme con la Realidad, y que no le vengán con razones ni con sueños, ¡qué fácil es hacerle ver que está mintiendo cuando se cree tal cosa! Porque no hace falta andar con filosofías: basta con ver cómo se aburre, la necesidad que tiene de divertirse: ¿por qué, mientras desprecias y te repugna en lo más hondo el pasto televisivo, el bombo y la ilusión de los resultados de las competiciones deportivas, la murga y el coñazo de las noches de discoteca finisemanales, la memez de las chácharas telefónicas interminables para no decirse nada, sin embargo, necesitas de tal modo distraerte, llenar el tiempo vacío, hacer algo de pasar el rato y no comerte el coco, que caes, a pesar de todo, delante de la pantallita o te lanzas al estadio o a la disco o te enchufas los auriculares o descuelgas el telefonillo otra vez, para quedar, para ir, si Dios lo manda, hasta a los Grandes Almacenes para comprar otro refajo? ¿Por qué va a ser?: eso mismo te está diciendo que no era verdad, que encuentras la Realidad insoportable, con la tuya incluida, que no estás conforme con el mundo, por más que te lo creas.

Tal vez la cosas se descubre de la manera más clara cuando te paras un momento y te preguntas "Y ¿qué hago yo con mi vida?". Esa curiosa pregunta te revela que no eres uno: porque, si "yo" ahí quiere decir tu "yo" real, tu personita, ¿qué sentido tiene preguntar qué vas a hacer con tu vida, si es tuya, la pobre, si es tu realidad y tú estás metido en ella? No puedes hacer más que lo que haces, lo que quieres, o sea lo que está mandado.

Otra cosa es si ahí "yo" es YO de verás, ése que está por debajo de tu realidad, que no es nadie porque es cualquiera, lo común, que sigue diciendo "Pero YO no soy ése" y diciéndole "No" a la Realidad. Y entonces, puede que la pregunta, "Y ¿qué hago YO con mi vida" tenga algún sentido: puede que alguien está haciendo con tu vida algo que tú no sabes.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Entrega VI (03/1999)

Bueno, y una vez que hemos descubierto que yo estoy partido y en guerra conmigo mismo, mi Yo real y creyente en la Realidad y dispuesto a trabajar por hacerme mi Futuro, como Dios manda, y aburriéndome y tapando mi aburrimiento con cualesquiera diversiones que me vendan, y frente a ese Yo de verdad, que no soy mío, sino común, que no soy nadie, porque soy cualquiera, ahora ¿qué? : la eterna y cansada demanda real y realista: ¿en qué quedamos?, ¿qué hacer con esa contradicción? Si obedeciendo a la Ley no hago más que hacer lo que está hecho, creer en mi muerte siempre futura y colaborar a mi vacío y mi falsedad, y si, por otro lado, no obedeciendo, diciéndole "No" a la Realidad, me pierdo, me desintegro y me deshago, entonces ¿qué?.

La tentación que, a primera vista, parece más honrada, es decidir "Pues nada. Pues, entonces, no hacer nada". Pero ésa es un ilusión también: 'nada' es tan totalitario y tan fascista como 'todo'; pertenece a las falsedades de la realidad: en verdad, no hay ninguna nada; en verdad, siempre está uno haciendo algo, unas veces, colaborando al Futuro consabido, trabajando o divirtiéndose —da lo mismo—, haciendo lo que está hecho, confirmando la mentira y fe de la Realidad; otras veces, tal vez (¿quién sabe?), por el contrario.

En cualquier caso, lo que haga uno personalmente, por su voluntad propia, no puede servir más que para cumplir su destino, para su éxito y su muerte, para su ilusión; lo que haga otro que no es uno, aunque lo haga por medio de (y a pesar de) uno, eso (¿quién sabe —y su gracia y fuerza está en que no se sabe) a lo mejor vale para algo, sea para quien sea, para algo de verdad.

No se trata, por tanto, de poner empeño, de trazarse un plan y de cumplirlo, de trabajar: el trabajo, lo mismo que la diversión ya se sabe para lo que sirven. Se trata, por el contrario, de dejarse llevar, dejarse llevar a hacer cosas, a que se hagan por medio de unas cosas, que no existen, pero que por eso llaman a lo que en uno queda de niño, de pueblo, de no muerto. Es algo difícil eso de dejarse: es el Yo personal de uno lo que estorba; pero ¿qué se le va a hacer?: también se aprende, con el amor de las cosas y la costumbre, a olvidarse uno un poco de uno mismo, a dejar que lo arrastren las cosas adonde no sabe.

Quede claro que, desde luego, no se trata de hacer lo que está mandado, en los Planes de Estudio o donde sea, y tragar rollos insensatos y mortíferos y sacrificarse por el Porvenir, el Juicio Final y los Exámenes, pero que tampoco se trata de hacer lo que le guste a uno: ¿quién es uno para saber que lo que le gusta es lo que debe gustarle, que es lo bueno? Razones hay para desconfiar del gusto de uno y descubrir que lo que a uno le gusta es lo que los Padres, o el Estado y el Capital, quieren que le guste a uno.

No: el secreto del hacer algo es un enamoramiento: que a uno le entre un enamoramiento por alguna cosa, una pasión por hacerla, un gozo en el ir la haciendo, y que sepa dejarse llevar por ese enamoramiento. Sólo así puede acaso hacerse algo que no esté hecho.

Pero, ay, bien sabéis vosotros, o sentís, que uno no se enamora a la fuerza ni porque quiera enamorarse. Es en esa equivocación en la que se funda la venta de inutilidades y la propaganda, religiosa o comercial —da igual— y los Planes de Estudio que se os proponen. Pero uno no se enamora a la fuerza, no : le pasa, o no le pasa; y ya está.

Y, con todo, sí, uno también puede hacer algo por enamorarse y hacer cosas de veras: a saber, quitar estorbos: no empeñarse, no creer, no divertirse, no tomar (o lo menos posible) sustitutos del amor, y a ver qué pasa. A lo de niño, a lo de pueblo que te quede, a lo mejor, si le dejas, se le ocurre algo.

Entrega VII

(04/1999)

No puede uno, no, enamorarse a voluntad de algo ni de alguien, no puede uno enamorarse porque quiere: hay una contradicción entre eso del sentimiento y eso de la voluntad (de la mentira que somete el amor a la voluntad y la persona es de lo que se sostiene la falsía de la Realidad y del Mercado con sus Días de Padre y sus Sanvalentines), y lo más que uno puede hacer en eso, como en la última os decía, es tratar de quitar estorbos, quitar de en medio algo de la persona de uno, de sus creencias, proyectos y fantasías personales, y así dejarse lo más desnudo y desprevenido, a ver si por caso entonces le pasa de veras algo.

Por ello es que, cada vez que le pasa a uno eso de enamorarse de algo o alguien o, mejor dicho, cada vez que se sospecha que puede que le haya pasado algo de eso (porque de eso uno nunca puede estar seguro), está sintiendo, o puede que esté o que haya estado sintiendo, algo que vive por debajo de la Realidad, algo que, como la Realidad es necesariamente falsa, vive de verdad y sigue viviendo a pesar de todo, a pesar también de uno mismo.

Así es como el sentimiento (desmandado) obra a la par con la razón (desenfrenada) y, en contra de la falsedad que os imponen, que contrapone razón con sentimiento, el sentimiento verdadero viene a descubrir, lo mismo que los razonamientos que aquí hemos tratado de dejar razonar a ratos, la falsedad de la Realidad: podríamos decir, si cuidamos de que no nos equivoquen las metáforas, que es el corazón el motor que pone en marcha la lógica de la razón.

La condición para que pueda suceder alguna vez tal maravilla es, como siempre, una negación constante: vas tirando, por supuesto, vas cumpliendo mal que bien con los deberes que te mandan (no hay por qué perder demasiado tiempo en rebeldías y cabreos por las pejugueras que la vida real te pone por delante, y muchas veces es más económico fingir que bueno, que se obedece), y al mismo tiempo vas dejando que te pase, que se haga por medio de ti, alguna cosa de veras, de las que siempre son posibles, gracias a que la Realidad no es todo y por tanto las posibilidades son sin fin; pero, para ello, no dejas que se te olvide nunca, mantienes vivo el recuerdo, que te viene de lo más hondo de tu niño perdido y de antes del comienzo de la Historia, de que esas cosas de la Realidad con las que juegan, tan serios, los mayores serán todo lo reales que quieran, pero también falsas, ideales, fantasías, ilusiones: el recuerdo de aquel "No, no era esto, no era esto".

O sea no creer: la Fe es lo solo que sostiene la Realidad, como lo ves claramente en la realidad de las realidades, el Dinero, el cual, tan ideal y fantástico como real que es, no puede sostenerse un momento ni tener fuerzas para seguir cambiando la vida posible de la gente por una administración de muerte y de futuro, si no es fundándose en la Fe, en que las poblaciones crean y sigan creyendo en Él, en que tú mismo, como Persona real que te dicen que eres, acabas rindiéndote y creyendo en Él y en la Realidad toda. De manera que la condición primera de que pueda pasarte algo contra eso está en la pérdida de la Fe, en el no creer, o creer lo que menos se pueda.

Es de ahí de donde pueden, a la vez, nacer ratos de olvido, ratos de descuido en que, contra la orden del Señor, que quiere reducir toda vida a su Futuro, y contra la real voluntad de uno mismo, a lo mejor le paso a uno algo, que le deje vivir, que lo deshaga un poco de su realidad, y, a la vez con ello, surgir algún descubrimiento verdadero, un descubrimiento de ésos que no sirven a la confirmación de las ideas de la Realidad, como sirven de ordinario la Ciencia y la Cultura toda ordenada desde Arriba, sino acaso para lo contrario.

No creer, creer menos, perder algo de Fe: eso es todo lo que te toca hacer por tu parte: algo en ti, que no es tuyo, se encarga de lo demás.

Entrega VIII (05/1999)

Y, por si acaso, lo que intentaban hacer en vuestros corazoncitos los razonamientos puede seguirlo haciendo en vuestra razón (que tampoco es vuestra, sino común) ese otro juego de lenguaje a que alude la palabra 'poesía' y que de ordinario os convierten en mera literatura, ahí va la canción de las nubes, por ejemplo:

Nunca me hartaré de ver
nubes por alrededor pasando,
yéndose, haciéndose, deshaciéndose,
otras, lo mismo, volviendo,
ni aunque viva 10.000 años,

cómo se desgarran, qué
pronto se van apelotonando,
deshilachándose, amontonándose,
desparramándose en miles
de rebujoncitos blancos.

Por maestros en verdad
de artes y música las proclamo,
madres también de fabricaciones
de contra masa figura
y de azar por entre cálculo,

ora yéndose a enlazar,
ora soltándose de sus brazos,
ora estirándose perezosas
o contra soles y lunas
escondiéndose, asomando.

¿Dónde andáis los que se ve
que preferís el pasar el rato,
eh, con películas o novelas
o poemitas de autores
o retruécanos de sabios?

¿Qué creéis que puede haber
rico en imágenes o relatos
más que el trajín de las nubes buenas,
siempre inventando algo nuevo,
algo siempre inesperado?

Es por esa mala fe
el que viváis tan poquitos años,
siempre esperándolo el fin del cuento:
yo aquí me quedo, y al cielo
no le pido más regalo

que el de verlas como van
entretejiéndose, sonrojando,
desovillándose, destiñendo,
y, por más que viva, nunca
lo sabrá a qué está jugando.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Entrega IX
(06/1999)

Como muestra de que a veces también el Poder puede, por descuido, dejar que SE haga algo, he ahí el HIMNO DE MADRID, que hice por encargo y se publicó en el B.O.E. del 8 de febrero de 1984, y que seguramente no habíais oído nunca:

I

Yo estaba en el medio:
giraban las otras en corro,
y yo era el centro.
Ya el corro se rompe,
ya se hacen estado los pueblos,
y aquí de vacío girando
sola me quedo.
Cada cual quiere ser cada una:
no voy a ser menos:
¡Madrid, uno, libre, redondo,
autónomo, entero!
Mire el sujeto
las vueltas que da el mundo
para estarse quieto.

II

Yo tengo mi cuerpo:
un triángulo roto en el mapa
por ley o decreto,
entre Ávila y Guadalajara,
Segovia y Toledo:
provincia de toda provincia,
flor del desierto.
Somosierra me guarda del Norte y
Guadarrama con Gredos;
Jarama y Henares al Tajo
se llevan el resto.
Y a costa de esto,
yo soy el Ente Autónomo último,
el puro y sincero.
¡Viva mi dueño,
que sólo por ser algo
soy madrileño!

III

Y en medio del medio,
capital de la esencia y potencia,
garajes, museos,
estadios, semáforos, bancos
y vivan los muertos:
¡Madrid, Metropol, ideal
del Dios del Progreso!
Lo que pasa por ahí, todo pasa
en mí, y por eso
funcionarios en mí y proletarios
y números, almas y masas
caen por su peso;
y yo soy todos y nadie,
político ensueño.
Y ése es mi anhelo,
que por algo se dice
“De Madrid al cielo”.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Entrega X (11/1999)

Ahora que van a tratar de entreteneros con las trivialidades del año 2000, de que el 2000 pertenece todavía al siglo XX y que hasta sonadas las 12 del 31 de Diciembre del 2000 no vaya a entrar en realidad en el milenio III después de Cristo, conviene poner en lengua vulgar algunas reflexiones que se producen al margen de la Estadística y el Cálculo de Probabilidades, con el que, si os descuidáis, van a seguirlos liando, como Agentes de Seguros, Ejecutivos de Banca o simples usuarios de la Profilaxis, para el resto de vuestras vidas.

Está bien, por ejemplo, eso de que, cada vez que tiras la moneda al aire, por muchas veces que en las tiradas anteriores haya salido cara, las probabilidades de que en esta tirada salga cara o salga cruz son las mismas que si en las anteriores hubiera salido todas cruces o que no hubiera historia alguna del proceso y ésta fuera la primera vez que tiras la moneda: a saber, el 50% de cruz, 50% de lo contrario.

Sí, pero no sé si está lo bastante claro que para ese cálculo se cuente, sin decirlo, con una verdadera infinitud: que no está fijado el número de las tiradas y que siempre se vaya a poder seguir tirando, de manera que, más pronto o más tarde, la partición por 50% no se dé de hecho, y que, si después de eso se sigue aún tirando, las probabilidades de que a la próxima tirada salga cruz seguirá siendo de 50% cada vez, siempre contando con que no hay fin al número de tiradas.

Porque, si no, si contamos con que el número de tiradas está previamente determinado y que, naturalmente, la probabilidad de cruz o cara para el número total ha de aproximarse al 50% y tanto más aproximarse cuanto más alto el número que se tome, entonces el cálculo se vuelve claramente del revés: cuantas más caras hayan salido en las tiradas anteriores, más probabilidades habrá de que salga cruz en la que viene; pues es sencillamente como si en el futuro hubiera un depósito de cruces y de caras (tanta más equilibrada cuanto más largo el futuro que se prevea) y entonces, cuantas más se gasten de caras , menos quedarán y más fácil será que a la próxima tirada salga cruz. En el límite, cuando se hayan agotado todas las tiradas previstas menos una, lo que en esta última tirada salga será absolutamente fatal y necesario: la probabilidad se habrá convertido en un hecho.

Esto revela la manera, necesariamente ambigua o contradictoria, en que los hombres juegan con el Futuro, con el no-hecho: por un lado, cuentan con que está determinado, con que tiene número; por el otro, saben por debajo de sus cálculos, cada vez que lanzan una moneda al aire, que eso no es verdad.

Ello se enlaza con la cuestión de “NO-5”, de cuántos números hay que no son 5, o sea la cuestión de “-1”. Nada más práctico ni de más actualidad que esa cuestión.

A propósito de ella, os regalo hoy, para terminar, este soneto que, al hacer ayer pruebas de una nueva máquina de escribir (manual, naturalmente), nos ha salido casi sin querer, más a la máquina que a mí.

No te quejes, Manuel, de que no encuentras
lo que buscabas con tan gran ahínco:
no sabe ley tu brújula en su brinco,
y más te pierdes cuanto más te centras.

Sigue a ver dónde vas, y sigue, mientras,
la ley de “Aquí te pillo, aquí te trinco”.
¿ Cuántos números hay que no son 5 ?
Pues así tú si en el sinfín te adentras:

Un sinfín menos 1, si es que quieres
ser uno tú, serán los que no eres.
¿ Pero quién te mandó, Manuel, ser uno?:

descubre la falsía de tus redes,
que no eres ni todos ni ninguno;
y encontrarás lo que buscar no puedes.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Entrega XI (12/1999)

He aquí un suceso. No sé si da la talla para ser noticia, una de las “noticias que en el día de hoy se han producido” que os venden por televisión todos los días, para que estéis enterados de lo que ha pasado y, por tanto, seguros de que no ha pasado nada del otro mundo. A lo mejor esto ni siquiera lo ha producido nadie ni sirve para nada. Pero acaso por eso mismo.

El caso es que, al salir de la estación de Vigo, camino de vuelta hacia la Capital, después de que el tren fuera recorriendo la orilla de la larga ría y ofreciéndonos entre llovizna y nieblas a medio desgarrar con el turbio sol de la mañana alta, casitas desperdigadas, talleres ferruginosos, la red de minúsculas plataformas para la pesca de mejillones tendidas sobre las aguas apenas encrispadas, entonces, al volver adentro del vagón, me doy cuenta de que va el último y que no lleva detrás nada y que puede uno, por la puerta de la cola, atrancada con una barra, ir asomándose a lo que va quedando atrás (que tiene su explicación: como esta sección del Talgo está destinada a acoplarse en Orense con la otra que viene de la Coruña, este final del tren o medio-tren lo dejan provisionalmente al aire, hasta que, acoplado con el otro, quede en mitad de la composición), de manera que allá me planto al cristal de la puerta trasera (no es nada fácil que a uno se le brinde una ocasión como ésta) y me pongo a ver, no lo que pasa, sino lo que huye. Ya era un gran regalo, por la ventanilla normal y lateral, ver lo que pasa, que es lo que permanece; pero esto de poder asomarse a lo que huye...

Los regalos de esto son, desde luego, innumerables: vías que se pierden y se juntan allá derechas brillando apenas entre la niebla, que de vez en vez se curvan con la elegancia de una culebra entre peñas y bosquecillos y matorrales, el desfile de cerros vigilantes que se escurren a mi derecha, y a la izquierda la compañía, a largos trechos, del río Miño que va, unas veces apretado y espumante, otras esplayándose en láminas plateadas, marchando allá a su destino en sentido inverso al de nuestro tren, y de cuando en cuando los túneles, o derechos, que te dejan ir haciéndosete el redondel del mundo entero más y más pequeño, como si ya lo vieras por microscopio, o enroscándose y alternándote a buen paso descansos de sombras con vueltas, siempre inesperadas, de los pálidos destellos del otoño, y tantas más sorpresas intercalándose serenamente, los oros de los robles por la derecha, por la izquierda los, de muy distinta moneda, de los chopos de los riachuelos, ahora algunas casuchas medio derruidas, pero manteniendo en alto los varales de sus parras de hojas enrojecidas, ahora un blanco balneario palaciego que montaran al pie del agua los ricos de antaño con su embarcadero para sus barquitas blancas de otro tiempo...

Y tantas las variedades y las ocurrencias del mundo que esta visión de atrás del tren me ofrecía, y hasta el comprobar la ley de la relatividad que antaño descubrí, una vez que en los viejos ferrocarriles se habían olvidado de ponerle al tren furgón de cola (a saber, que, si se fija la vista en lo más cercano, el rápido escape de raíles y postes y cunetas, entonces, con el resto de los ojos, te parece que lo lejano, peñas, árboles, nubes, se te acerca, se te quiere venir encima: “la huida real de lo inmediato, señoras y señores, parece ser la condición de la ganancia aparente de la pérdida de las cosas”), que, en fin, no había manera de quitarme de aquel turbio cristal, ni una hora, ni otra hora, hasta llegar a la estación de Orense.

Allí ya, (¡qué remedio!) me metí para el vagón, donde estaban compañeros de viaje en sus asientos acaso disfrutando de la película de Vídeo que les servían, sin enterarse de todo lo que había sucedido, esto que trato de haceros pasar como noticia de actualidad y de recordároslo, de que reviva en vuestro recuerdo: pues ahí debía de haber, sin que lo supierais, algo de este viaje.

Entrega XII

(01/2000)

—¡Eh, tú: ¿Adónde vas?

—Camino de la estación: a coger el tren.

—¿Qué tren?

—No sé. Cualquiera: el primero que salga.

—Tan sin equipaje.

—¿Para qué lo quiero? Bastante peso yo solo, con mis ropas y mis zapatos.

—Ya. Pero ¿adónde vas entonces?

—Pues...

—Que no sabes adónde vas.

—Como en el cuentecillo de Kafka (¿recuerdas?), que al criado que le pregunta "¿Adónde vas, señor?" le responde saltando a caballo el amo "Fuera de aquí: esa es mi meta".

—Ya. Y ¿de dónde te vas tú ahora? ¿De dónde huyes? No me dirás que de la Urbe y sus suburbios; porque ésa ya hace la tira que se te hacía insoportable (y se me hacía —la verdad), desde que se vio que sus verdaderos habitantes eran sólo los autos que tenían que seguir vendiéndose y comprándose, porque el Señor así lo manda; y, sin embargo, aquí seguías viviendo o desviviéndote, escurriéndote por entre los popós como podías, como yo, como to hijo de vecino, y entre los autobuses y las motos y los televisores y los contenedores de basura que los están pidiendo a gritos; y, bueno, aquí seguíamos aguantando. Así que ¿por qué ahora de repente? ¿No será que quieres escapar de alguna que te tiene preso y te pone encima floreritos en la celda?

— No, malpensao, no es eso.

—Pues ¿entonces?

—Pues sencillamente, que ahora se pone peor, tío: que es que vienen las fiestas, los grandes estallidos de jolgorio de las Navidades y el Año Nuevo y el Milenio y el ama seca que los amamantó a todos: ¿no estás ya viendo cómo se nos echa encima el aluvión de cieno de colorines, la felicidad de neón de los letreros luminosos?

—Ya, ya; y estoy contigo, tronco, que ya se me pone mustia el alma de pensarlo, la pedorreta de petardos y loterías, la tabarra a toda onda de villancicos en voces inocentes, la lista de los regalos arrastrándome como una sogá al cuello por las escaleras mecánicas de los Grandes Almacenes. Claro. Pero y ¿cómo te piensas tú que vas, cogiendo un trenecillo, a escaparte de todo eso?

—Pues ya ves: lo pienso; y me arranco, nada más pensarlo, si me dejas: ¿O es que es fatal, y no le queda al pueblo más que aguantar, y cumplir las órdenes del Dinero?

—No sé; pero, en todo caso, ¿adónde vas tú a escaparte de la plaga? Pero, hombre, tú ¿no sabes que las Fiestas tienen ya invadido el Globo entero? ¿Que, si te vas a la Sierra, allí encontrarás a los celebradores en esquí con copa de champán en mano que las Agencias tienen previsto para el caso? O, si te vas a la Costa, ¿crees que allí no se celebran, a bordo de yate, en discoteca amarrada, cantando con mucha risa falsa el cumpleaños, el cumplemilenios? O, aunque te entregues a un avión y te vayas a la otra punta de la Esfera, ¿no sabes que ya todo es uno?, ¿qué en Manchuria, o en Kenia o en Sri-Lanka, a lo mejor tenía antaño otros ciclos de años y estaciones (porque no hay tribu, que se sepa, que se haya librado nunca de tener sus fiestas y sus días señalados para el regocijo general en rojo o dorado o verde de cualquier tipo de calendario), pero ahora ya todos saben que estamos a fines de 1999 después de Cristo y proceden en consecuencia? O, si lo quieres es irte a tu pueblecito, o al de tu suegra, ¿qué?: ¿es que no van allí a tener Televisión?, ¿va el ojo del Señor a haber descuidado ni el más recóndito perdedero de la Tierra? Y entonces, a ver pa qué: ¿vas a dejar allí de sentir el hálito del fúnebre jolgorio de las fechas coloreando el aire del bosque, ti-

ñiendo el humo de la chimenea? Todo está invadido por las religiones, la Ciencia, el Dinero, la mentira. Me acuerdo todavía, cuando niño, que, aunque no supiera de fiestas ni a cuántos estábamos del mes ni de la semana, la tristeza del Domingo se me entraba por los ojos o por la piel hasta dejarme todo mustio.

—Ah, sí; también a mí. Y, sin embargo, con todo y con eso, ya ves: voy a coger el tren, escapo de las Fiestas: no me atrapan, (te lo juro), no me machacan otro año más. Mira: yo sé de una casa perdida, donde nunca se celebra nada, y especialmente durante estas fiestas ominosas se dedican rigurosamente a no celebrar, a no acordarse de ellas. Allí me voy, si me dejas coger el tren. Ya sé que no es lo mismo dedicarse a no celebrarlas que olvidarse de ellas por las buenas; pero, si no se me da otra cosa....

—Bueno, pues ala, marcha; que no celebres, tío, que te lo pases bien. Pero mira todavía otra que te digo: aunque lo consigas, aunque tú te libres por tus artimañas y tu empeño de año Nuevo y Milenio y Navidades, ¿no te parece que a eso puede llamársele egoísta?, como un grito, en el barco desesperado, de "Sálvese quien pueda", y aquí nos dejas a los demás, a la inmensa mayoría, encargados en lucecitas y turronecitas y relojes y compra de regalitos y tarjetas de felicitación.

—Ya. Pues oye: ya sé que esto no puede servir de mucho, que, con quitarme yo de en medio egoístamente y librarme del coñazo monumental, no voy a acabar con las fiestas ni librar a mis prójimos de su condena; pero ¿sabes qué?: que a lo mejor estoy con eso demostrando que la cosa no es tan fatal como el Señor pretende; que, sobra todo, a los chicos y chicas que están abriendo los ojos a este mundo, para cerrarlos enseguida, habrá masas de padres y dirigentes y Medios de Formación de Masas de Individuos que les estén azuzando a celebrar, a disfrutar de las fechas señaladas, convenciéndolos de que eso es lo que hace la Mayoría y que, por tanto...Pues por eso: el que alguno escape, aunque sea tarde, aunque sea a medias y por los rincones, puede ser algo que les revele que es mentira, que la Mayoría no son todos, que la Ley de divertirse no es tan fatídica y cerrada como se creen, que siempre puede haber alguien que se escape de ella todavía. ¿Te parece poco?

—Ya no te digo más. Ale, pajarito (te acompaño hasta la estación), a coger el tren y a dar ejemplo.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Entrega XIII (02/2000)

He aquí, muchachos, que otra vez en un rato de desolación en que me habían hundido juntamente las miserias de la Cultura y de las Relaciones personales (suelen colaborar en esta labor fúnebre de no dejarle a uno ni pensar libre, a lo que la lengua mande, ni sentir con los sentidos), al levantarme de mañana, tarde, y ponerme ante la máquina de escribir, sin ánimos para escribir nada, metiendo el papel en el rodillo, , por si acaso, he aquí que la máquina se ha puesto, la buena de ella (esto no me lo haría un ordenador —seguro), a escribir sola, a moverme sin querer yo ni pensar nada los dedos de tecla en tecla. Y he visto luego que lo que había salido era nada menos que otro soneto (ha decidido la máquina de quedarse con la rutina de esas formas clásicas y rígidas que, cuando yo me pongo a cantar algo, no suelen apresarme), que es lo que voy a poner aquí, par ver luego con vosotros si puede encontrarse algún sentido, más o menos sensato, en lo que dice:

¡Cuántas cosas tendría que deciros,
si supiera quién hay tras de la puerta,
si pudiera contar lo que despierta
cada vez que se duermen mis sentidos!

Pero ya no me queda entre los giros
de los pasillos de esta vida muerta,
más que un polvillo de memoria incierta,
que no sé si en un soplo transmitiros.

Puede que alguno de vosotros sienta,
al oír lo que digo, que esa cuenta
ya la ha oído él sonar antaño.

Y tal es verdad. Yo aquí en la boca
siento que lo más mío me es extraño
y que en mí la razón se vuelve loca.

Veamos pues. En 1-2 dice la máquina que estaría dispuesta a decirnos muchas cosas, si supiera (que no lo sabe) lo que hay tras de la puerta, que además debe ser algo como persona, puesto que dice 'quien'. Qué puerta sea esa, no es fácil adivinarlo: desde luego, una que separa un exterior de un interior, a la vez que da paso de lo uno a lo otro, o puede darlo. Ciertamente que, si lo de dentro, donde la máquina escribe, es la realidad, lo otro no podrá serlo, lo cual implica que por la cara de dentro, la puerta será real, pero no por la de fuera. Y tal es el trance en el que nos hallamos. La máquina evidentemente sospecha que hay allí fuera algo, que además amenaza con ser alguien, que pueda oír y aun responder; pero honestamente confiesa que saber qué o quién es no sabe; y esto al parecer, la dificulta para decirnos cosas.

Por otra parte, en 3-4, parece que ese mismo impedimento del buen deseo de la máquina se nos presenta de otro modo: que no pueda dar cuenta de algo que despierta cada vez que se duermen sus suspiros. Que ella suspire de vez en cuando no lo estimo nada irreal: yo mismo se lo he oído hacer a veces. Que, al dormirse, esto es, cesar o espirar, uno de sus suspiros, despierte algo, es decir —supongo— que aparez-

ca o se manifieste, es por cierto bien posible, si bien parece que es algo que no puede la máquina contar, ni en un sentido ni en el otro; una cosa sí se sabe; que es la réplica o contrario de aquel suspiro; que vive de su espiración o fin.

En 5-6 la máquina imagina su vida como pasillos con giros o revueltas, y la llama de paso vida muerta, cosa que se diría muy propia para la de una máquina, pero que piensa que pueda generalizarse, en el sentido de que toda vida se sabe es una vida muerta; y así, en 5-8, declara que lo que le queda no es más que algo de memoria (incierta, por supuesto si no, sería historia) que sienta como un polvillo, que tiene sus dudas (seguramente no sólo por pereza, sino por reparo de lo que eso pueda hacernos) de transmitirnos en un soplo, esto es, como se dice vulgarmente, de soplárnoslo.

Ya en los tercetos, manifiesta en 9-12 la sospecha de que alguno de nosotros recibe, ante lo dicho, la impresión de que también él mismo, en otro tiempo, ha pasado por esa situación echarse cuentas acerca de su vida y de la realidad en general (unas cuentas de las que ella dice 'sonar', sugiriendo el ruido de contar monedas el avaro o del correspondiente rumrum de los ordenadores), y, si bien con las debidas dudas que a la máquina le asaltan en cuanto a comparar lo que a una de nosotros le haya sucedido con lo que a ella le suceda, reconoce en 12 que acaso sea verdad ese sentimiento de alguno de nosotros.

Y termina en 12-14 con una declaración un tanto violenta y apasionada, sobre todo para una máquina: que “aquí en la boca” (lo cual para ella no puede tener más sentido que el de señalar con 'aquí' al sitio del que habla, y ratificar esa condición de 'YO' con lo de 'en la boca') siente como extraño justamente lo que es más suyo, estableciendo así la contradicción entre 'YO' y 'el mío' (ya que YO, en cuanto soy cualquiera y nadie, no soy real, mientras que si adquiero alguna posesión o propiedad ya soy real y dejo y dejo de ser de veras YO , para de ahí concluir desmontando la habitual contraposición entre 'razón' y 'locura', al hacer notar que, si da o funciona la razón en ella, real y contra-real como ella es al mismo tiempo, eso no puede hacerse sin que la razón se vuelva una real locura, lo cual implica, aunque ya la máquina no lo dice, que la locura sea la verdadera razón en algún sentido.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Entrega XIV

(07/2000)

—Examinemos, si os parece, las vías por las que recibís vuestra educación.

—¿Nos va a hablar usted de planes y métodos de estudio y tó el rollo? Hombre, no: usted mismo nos ha reconocido que eso es aburrido todo y por esencia. Bastante pelmada es ya estudiar las asignaturas pa los exámenes; pero, si encima hay que estudiar los métodos pa estudiarlas...

—Naturalmente que no, rapaz. No tengáis miedo. Aquí, ni Dios se aburre. Se me ocurría hablar de las vías o canales por los que os entra información, educación y conocimientos.

—Ah. ¿Los sentidos...quiere usted decir, maestro?

—Los sentidos, efectivamente, damisela. ¿por dónde, si no, os iba a entrar? Y, por lo pronto, dado que la información a través de gusto, olfato y tacto es más bien vaga y poco adecuada para fines educativos....

—La vista y el oído.

—Eso es, simpático. Pues bien, oigamos y veamos: ¿qué es lo que...

—Un momento, maestro, que me parece que no echa usted cuenta de los ciegos y los sordos, que aquí mismo en el Centro hay dos de cada, y reciben su educación igual que los demás.

—Por cierto, hombre: ¿no somos iguales todos? ¿No estamos en democracia? Lo cual demuestra que no hace falta que nos detengamos en tales casos donde es claro que, por sustitutos, como señas visibles para los unos o caracteres en relieve para los otros, la misma información que en la mayoría, oyentes y videntes, se introduce. Y a la que vamos: ¿qué es lo primero que por esa vía (la de los ojos —digamos— o sus sustitutos) se nos introduce?

—Pues lo primero será...las letras.

—Esacto, pelandusca.

—Con acentos y tildes y signos de puntuación.

—Ciertamente, en las escrituras que las usen, empezando por el primero: ¿cuál?

—¿Cuál?

—Pues como siempre, niña el signo primero está su falta. O sea, por ejemplo, en nuestra escritura...

—El blanco de letra, su vacío, que distingue una palabra de otra.

—Ése, por más torpemente que lo haga.

—Y también los números.

—Evidentemente, listillo: no pueden los números separarse de las letras. Y, tras los números, todos los otros símbolos de una escritura lógica o matemática que se desarrollen. Y notad al paso que esos tipos de lenguaje no pueden desarrollarse más que por escrito, para los ojos, en el sentido que lo vamos entendiendo.

—Y ¿las imágenes maestro? ¿no nos dicen que valen más de mil palabras?

—Ah, sí las imágenes. Pero tú ¿crees que no son lo mismo que letras o palabras?

—Hombre, así, a primera vista...

—Pues tendrás que examinarlo a segunda, sobrina mía. Debe de haber ahí un lío, que a lo mejor es el que hoy nos tocaba desenredar. Vamos a ello, inocentes.

—Pero es que, todavía y con perdón, las señas de los sordomudos...

—Sí, muchacha, razón llevas o te lleva: no es el mismo caso el de la lectura al tacto de los ciegos: ahí, las señas mismas parecen ser una escritura; y la prueba, que en los códigos usuales cada seña vale por una letra de la escritura mayoritaria. Claro que ahí hay una equivocación que hoy también nos interesa especialmente: las señas de sordomudos no deberían estar por letras, sino directamente por esos elementos que llamamos fonemas los entendidos, o por otras piezas de la lengua, palabras, por ejemplo.

—Ya: porque “escritura” querrá decir...

—...una representación de la lengua —¿no, maestro?

—Eso: una re-presentación: la lengua lo presenta, la escritura, al presentar a los ojos la lengua, lo re-presenta.

—¿Qué es eso de “lo” que anda usted diciendo? ¿El qué?

—Ah, querida moza, por ahí nos asomamos al misterio. Tal vez es algo temprano para eso. Mejor, sigamos estudiando las relaciones de las letras con la lengua. Son, por cierto, malas relaciones: ambiguas y contradictorias; vamos, como las de un matrimonio normalito.

—De amor y odio.

—Si tú lo dices, hechicera. Pero, ante todo, fijaos en la equivocación que os anunciaba: a cada paso se os quiere hacer que confundáis la lengua con la escritura. Se os ¡¡¡¡¡, por ejemplo, en una misma disciplina “lengua” con “literatura”, como si fueran cosas del mismo orden, en vez de ser, como son, de reinos diferentes y, por lo tanto, enemigas la una de la otra.

—Y, si se confunden, ¿cuál queda de las dos encima?

—Ya lo adivinas, sinuoso: la literatura, naturalmente: lo que ellos quieren es que venzan las letras, o también si las letras son números, para el caso; en fin, la Ciencia, la Cultura. ¿Me seguís?

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Entrega XV (11/2000)

En la nueva versión del viejo himno universitario “*Gaudeamus*”, que hube de fabricar, canturreándomela a la falta de medios de escritura, en los calabozos de la puerta del Sol allá por el año 1966, una de las estrofas viene a decir algo como “*si tal vez no sabemos / qué queremos que suceda, / en cambio, lo que nos oprime, / en cambio, lo que es falso, / eso lo sabemos bastante bien*”, “*si nescimus fórsitan / quae fieri valimus, / et ea quae nos premunt, / et ea quae falsa sunt, / ea satis scimus*”; que no era más que lo que también poco después escribirían por las paredes de París los estudiantes, por ejemplo, “*Nous ne savons pas ce que nous voulons, mais nous savons bien ce que nous ne voulons pas*”, durante la misma oleada de levantamiento que estalló entre los hijos de burgueses del mundo en los años en que estaba imponiéndose este Régimen que en día padecemos.

Puede que valga la pena que repasemos ahora lo que quieren decir esas proclamaciones. Pues puede, de primeras oídas, parecer que animan a la rebelión alocada y sin ton ni son, cuando quizá estén diciendo lo más juicioso y atinado que de los mecanismos de la acción puede decirse.

Y que ello es así no es tan difícil entenderlo. Saber lo que queremos, saber uno lo que uno quiere, es evidentemente la condición para hacer las cosas que en la realidad se hacen de ordinario. Tener un plan o proyecto, lo más definido posible, de lo que pretende es lo primero que requiere lo mismo una Empresa que aspira a sostenerse y tener éxito en el Mercado que también una persona que se está labrando su porvenir o quiere realizarse con cierta certidumbre.

No hace falta insistir en eso: llena está la propaganda de la Banca o del Estado, llenas las peroratas de padres y profesores de exhortaciones a que te decidas y te definas, a que sepa de una vez qué quieres hacer, qué quieres ser, y con tal apremio que, si andas muy remolón y vacilante, ellos mismos te explicarán qué es lo que quieres; o hasta si a los mayores no les haces caso, algún compañero más enterado que tú del mundo te informará de qué es lo que quieres.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Entrega XVI (12/2000)

“¿Para qué sirve el teatro?”, me preguntaron. Y sucede con esta cuestión como con tantas otras, no ya de las letras, sino de la realidad física misma: que, con solo plantear la cuestión acerca de algo, se da por supuesto que se sabe qué es eso que se cuestiona, y por la cuestión misma se reafirma la fe en que se sabe. En otros casos será “luz”: “¿Cuál es la velocidad de la luz?” Aquí es “teatro”: pues ello es que puedo referirme a “un tipo de literatura que consiste en diálogos entre personajes”, o bien a “una especie de danza que trata con sus pasos y gestos de representar sucesos reales o imaginarios”, o puedo también, poniéndome más histórico, pensar en “un artilugio musical complejo de declamación de actores alternando con cantos de un coro, que desarrolla una situación mítica o histórica, que se inventó por el s. V a.J. entre los griegos” o también en “una función litúrgica que con su regulación de gestos, voces y sucesión de acciones simboliza unas relaciones misteriosas o trascendentes”, por no resignarnos a que “teatro” signifique sencillamente el sitio en que funciones como éstas se producen. Y es claro que no puede pretenderse que “teatro” abarque todas ellas juntamente y que el teatro, de cualquier forma que sea, sirva para una misma cosa, cuando en un tipo de teatro, como el escrito en prosa literaria, falta la regulación rítmica, en otro falta el argumento o queda pendiente de la improvisación, en uno hay coro, en otro sólo personajes individuales, el uno juega con símbolos, el otro quiere ser, como se decía del de Menandro, un espejo de la vida, y apenas se ve qué pueda haber de común en todos ellos. Por lo que me toca, me he dedicado largamente a producir, en contra del dominio de la Literatura, una serie de artefactos dramáticos (es decir accionales) que consiste esencialmente en un “juego con el tiempo”, lo cual quiere decir un juego con 2 tiempos, el uno contra el otro, a saber, el tiempo del argumento representado y de sus personajes, que muchos dirían que, por ser ficticio, es el real, y el tiempo de la representación misma, que es, por ejemplo, la hora y media, rítmicamente medida, que la función dura, y que es el de los actores y, por tanto, el del público también: si no juega, dentro del artefacto dramático mismo, la contradicción de un tiempo con el otro, digo que no hay teatro. Y por cierto que hace poco, en las discusiones de la tertulia política del Ateneo madrileño, al querer usar la figura del actor como reveladora de lo que es la persona (esto es, como manda la etimología, máscara) en la Realidad, se nos aparecía de una manera puntual y clara esa contradicción y juego: pues el actor, en el actor mismo de la representación, no puede identificarse con su personaje o máscara (bien lo sentía Brecht mismo) ni tampoco con su propio personaje en la vida real (el que figura a la puerta del teatro en el cartel de anuncio y en las comidillas de las Revistas del Corazón), del cual, en el acto, tiene igualmente que separarse; de manera que, no siendo ni el uno ni el otro, en cuanto actúa, no pertenece a la realidad, y así es como puede actuar contra ella y hacer que algo análogo suceda en las almas del público que está con él.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Entrega XVII (05/2001)

Voy a referiros ahora algo que hace unos 4 años les contaba a los amigos que andaban conmigo ocupando el Cuartel 'VIRIATO' de Zamora, abandonado, con el intento de hacer en él algo que no estuviera ya hecho de antemano. Se trataba esta vez de comunicar una observación de operaciones automáticas en uno mismo, como medio de hacer sentir lo palpable de los procesos de la memoria sub-cosciente, no ideativa, y una cierta contabilidad que en ella se lleva de los sucesos físicos o reales. Hace unos pocos meses, tuve que cambiar la lámpara de la mesilla de noche: la que había venido usando durante muchos años (probablemente 20, desde la vuelta de París, en varios domicilios, mesillas y orientaciones de la cama) tenía así dispuesto el interruptor, con bolita colgante de cordoncillo: La que puse en su lugar tenía el interruptor inserto, y deslizante, en el cable de entrada, que colgaba por delante de la mesilla, así: Pues bien: al ir hacia la mesilla para encender la lámpara, principalmente por la noche al acostarme, para leer un poco, al principio y durante muchos días, la mano se me iba al sitio donde estaba el antiguo interruptor; pero lo notable es la precisión del ritmo al que se iba produciendo el desaprendimiento del antiguo automatismo y aprendizaje del que correspondía a la nueva situación: cada vez, de vez en vez, el momento de darse cuenta la mano y retraerse del movimiento ya indebido se iba adelantando un poco (ello a lo largo de unos 15 días), de tal manera que, si la primera vez llegó a chocar con el sitio que en la nueva lámpara correspondía al nivel del antiguo interruptor, la segunda ya apenas llegó a rozarlo, la tercera se retrajo unos centímetros antes, la cuarta un poco antes todavía, y así sucesivamente, hasta llegar a retraerse del gesto indebido no más ir a acercarme a la mesilla, a tal vez un metro antes de llegar a ella. Y ello, naturalmente, se acompañaba con un ascenso cada vez más rápido del proceso al nivel cosciente, hasta llegar al punto de obligarme a la reflexión y a tomar nota de esta intimación de lo que sucedía; pero siempre pasito a paso con el avance del retraimiento o sustitución de un mecanismo automático por el otro, que cada una de las veces (hasta unas veintitantas seguramente) se producía unos centímetros (o décimas de segundo - tanto da) más pronto que la anterior, con una neta impresión de que esa diferencia era una constante exacta.

Tal vez debería ponerse esto en relación (y contraste) con la observación, a que tanta atención he dedicado, del aviso subcosciente que uno recibe de ALGO QUE HABÍA QUE HACER O QUEDABA POR HACER, por ejemplo, antes de marcharse uno de un lugar; que empieza siempre por ser un aviso (mejor que 'recordatorio') de ALGO sumamente vago, y que, a veces por varios pasos, va tomando señas o caracteres (Era algo de hacia aquel rincón, Era algo de no mucha importancia, Era algo que tenía que ver con 'uñas' o con documentación de asuntos de dinero o con busca de vocablo para unos versos), hasta llegar, al mismo tiempo, a la memoria ideativa y a la fijación del curso de la acción; y todo ello, se llegue o no al éxito y la idea, asistido de una fe en que algo había y que el aviso no debe desoírse: como si el recuerdo avanzara desde una generalidad sumamente abstracta, por acumulación de determinaciones, hasta la idea; donde se palpa el punto paradójico de encuentro entre lo más bajo, meramente sensitivo, y la ideación llevada a su nivel de abstracción más alto.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Entrega XVIII (08/2001)

Deseo, no sé por qué, invitaros a que me acompañéis con la imaginación en esta subida a lo alto de esta casa, ahora al caer la tarde, que ya, al correr de Agosto, va cayendo más pronto cada día.

Tal vez no tenga, de primeras, mayor interés la andanza. Es rabo de la ciudad de Zamora que ha quedado medio vivo hacia la parte de poniente, en tanto que la expansión consabida, con sus bloques y vías para autos, perdederos de la ciudad, se tendía casi toda por los llanos de la otra parte hacia Naciente. Y aquí una vieja casa de señores del otro siglo, más bien el XIX, que se ha restaurado trabajosamente, y tiene en lo más alto una especie de palomar de muchas ventanas, de donde se ve aún, al ras por cima de las miseria, el horizonte, vamos, la raya de las lomas del Duero abajo.

Ahí suelo subir, cada vez que recaigo por Zamora, a ver (o mejor, sentir) la puesta de sol y lo que queda, el morir del día. Así que, si venís conmigo...

Subimos por una escalerilla medio de caracol, y ya: aquí esta ello. Allá por más al norte del cimborrio y la torre cuadrada de la catedral, las pocas nubes deshilachadas tiñéndose de los malvas, lillas o morados que sabéis; o que os creéis que sabéis: porque lo que no se siente no se sabe de verdad.

Pero ahora nos damos una vuelta a mirar por las ventanas del otro lado, y mirad: ¿qué veis ahí? Lo mismo que yo —supongo: Sobre el tejado de la torre de San Ildefonso, en estas 2 de las 4 vertientes, poco empinadas, que desde aquí se ven, cigüeñas un fila, unas al borde del alero, otras por la espina de los hastiales, 13 que yo cuente, y seguro que del otro lado habrá otras 7 u 8.

Y ¿qué les pasa? Pues eso: que están ahí posadas, paradas, del todo inmóviles, sin hacer nada de nada, ni abrir las alas, ni levantar la pata, ni torcer el cuello, ni hacer el castañeteo de majar el ajo, como solían. Y ya podemos quedarnos rato y rato (ya se va oscureciendo el cielo), que siguen ahí quietas, quietas, sin hacer nada.

Bueno, pues no creáis que no tiene el trance su misterio, y hasta una punta de zozobra para la conciencia del que las mira.

Han terminado ya con la crianza de su prole (ni creo que hallan hecho aquello, que contaban que era su costumbre, de sacrificar por desplome a lo alto a una de sus crías, la más torpe: si no, con tantas como son ahora, se encontrarían cadáveres de cigoñinos por todas partes), y algunas de esas que veis serán criadas, ya crecidas, de las viejas.

Solían por estas fechas estar emigrando y dejando, ya de tiempo atrás, vacíos sus grandes nidos. Pero ahora ya no emprenden vuelo a buscar allá en el África clima más clemente, sino que parece que se quedan internando con nosotros.

¿Para qué van a emigrar? Aquí en Europa se vive bien, y ya no hace tanto frío como en tiempos. Así que, como no fuera para hacer turismo... Y eso parece que no las llama.

Ni se las ve tampoco mucho volar a las lagunas a pescar ranas: también a las ranas las dejan vivir en paz: ellas se alimentan bien, y más a la mano, con los desperdicios de los vertederos, cada vez más succulentos y abundantes. Son las cigüeñas del Estado del bienestar.

Miradlas ahí posadas en la torre, quietas, sin hacer nada, cerrados los ojos al sueño o (¿qué más da?) abiertos para no ver nada. ¿no os recuerdan alguna cosa?.

Ah, pero no os vayáis a creer tampoco que la comparación es tan sencilla: vosotros no ibais a saber pasarlo así, tan tranquilamente, a pata firme, y horas tras horas que os echen. ¿A que no?

Y ¿sabéis en qué consiste la diferencia? Pues en que ellas, y cuales quiera animales que no seamos nosotros —se supone— no tienen tiempo, no tienen futuro. Pero vosotros sí. Por eso os entra de esas maneras el aburrimiento, que es el bostezo del caos mismo abriéndose por vuestras bocas, amenazando con llenaros de vacío.

Y por eso os ponéis a preguntaros enseguida, a cada fin de semana que amenaza, a cada rato de eso que dicen tiempo libre que os dejan, “¿Qué vamos a hacer?, ¿Qué hacemos esta tarde?, ¿el sábado?, ¿el mes de agosto?”

Y tenéis que lanzaros a lo que sea, por insípido y estúpido que por lo bajo os parezca (pero a lo de por lo bajo ya sabéis vosotros cómo acallarlos y no hacer caso), con tal de no aguantar el vacío de la honra, del mes, que se os echa encima.

La verdad es que, bajo este Régimen, no tenéis nada que hacer, por la sencilla razón de que ya está hecho, de que os lo dan ya hecho de antemano: un programa de trabajos, carreras, vacaciones y diversiones: no tenéis más que elegir, como la señora que entra al supermercado, entre le abanico de posibilidades que se le ofrecen, ya realizadas, en las estanterías.

Y vuestro “¿Qué vamos a hacer?” no se refiere a las posibilidades sin fin de hacer de veras algo, sino tan sólo a lo de elegir entre lo que está ya hecho, obedientemente, y encima creyéndose cada uno que eso es lo que le gusta, que eso es lo que él quería.

De lo que se trata es de que no se ocurra nunca hacer nada no previsto, descubrir algo inesperado.

Ésa es la Ley, la del tiempo vacío, que es dinero, que tiempo vacío; y ésa es la raíz del aburrimiento.

También de algo más hondo que el aburrimiento: pues, por más que esté uno tan hecho a la obediencia, hay algo por debajo de uno que no acaba de estar conforme con el trato y con el Régimen.

Es un problema que, por cierto, a esas cigüeñas, aunque sean las cigüeñas del Bienestar, no se les presenta: ahí las veis, tan capaces de no hacer nada ni aburrirse ni preguntarse qué vamos a hacer.

Ellas no tienen futuro; y esa es su sabiduría: una sabiduría que consiste en no saber. Si se nos pegara de ella algo de esa sabiduría por lo menos...

Bueno, por lo pronto, seguid aquí conmigo mirándolas un poco, hasta que la noche caiga, sin hacer nada, a ver si se os ocurre algo.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Entrega XIX (12/2001)

Algunos de vosotros acabarán estudiando Medicina o viniendo a colocarse, como enfermero, como farmacéutico, como investigador de laboratorio, como empleado de la Seguridad Social, en alguno de la miríada de puesto que la enorme industria de la Enfermedad establece y sostiene por el mundo. O, bueno, si no, por lo menos, caeréis en la trampa de la enfermar de algo o de creer que tenéis tal dolencia o tal otra de las que la Industria y su Ciencia tienen mejor o peor clasificadas, siempre dejando el camino abierto a la reclasificación y a la invención de nuevos males.

Así que no parece haber nada más invasor y general, nada que más nos toque a todos; hasta el punto de que bien puede decirse que “La Enfermedad es el Hombre. O, si no, no se sabe que es el Hombre”.

Pues bueno, en cualquier situación o condición que ello os toque, lo que me importaba es que tratarais de tener presente esto: que nadie le eche la culpa al cuerpo. Porque eso es lo que os querrán hacer creer por todos los medios y los trucos : querrán haceros que sepáis que es ‘el cuerpo’ (eso que tiene su gloria y su gracia en que no se sabe, y es siempre mucho más allá de lo que se sabe), para de esa manera poder achacar a sus fallos, debilidades o deformaciones las enfermedades que a uno le ataquen o lo maten; de la misma manera que se procura saber el carácter u catadura moral del sospechoso, para que entonces pueda la Justicia declararlo reo, autor y culpable de cualquier asesinato, desgracia o miseria que haya caído entre la gente.

El otro día, por ejemplo, comentando y condoliéndose un amigo de un fallo de salud que yo mismo había cometido, me decía “Ah, ya ves: así que el cuerpo existís”. Verdad y mentira según como se entienda: mentira, si ahí se implica que el fallo o pecado contra la salud que se había cometido procedía del cuerpo, y que era con esa faena con lo que manifestaba su presencia. Verdad, si ahí ‘existir’ quiere decir la maldición que he mencionado; que se sepa que eso da ‘el cuerpo’, que haya venido a ser una de las cosas existentes o reales; esa existencia es justamente su enfermedad, o sea, como se decía antes, si Alma, o se el Yo, constitutivamente enfermo. Lo que no se sabe, no puede hacer daño; lo que se sabe, sí.

Hay dos técnicas contra la enfermedad; una es la reina, que consiste en estudiar los mecanismos del cuerpo y comprobar, por experimento en poblaciones amplias, los efectos que sobre ellos producen unos cuantos factores externos, por ingestión de alimento, por formas de trabajo u otros ejercicios; de todas las cuales observaciones, dejando aparte y como base las condiciones genéticas que puedan igualmente ser determinantes, se deducen unas conclusiones estadísticas, con cálculo cada vez más fino o complejo, que se toman como saber, y a su vez, al llegar al diagnóstico, pronóstico y terapia, se aplican al caso del enfermo particular que haya caído, y sirven para establecer las causas, qué es lo que ha estropeado esos mecanismos, y los cuáles han de ser los remedios correspondientes que, en virtud asimismo de observaciones estadísticas, pueden lo más probablemente conseguir, en ese caso, anular o contrarrestar los factores nocivos que se han declarado causantes y culpables. Es la técnica dominante bajo el Régimen, y parece tener éxitos frecuentes, también estadísticamente computables.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO